



Sor María Dolores Díaz de Miranda, trabajando en el taller

F. GARCÍA

La benedictina ovetense sor María Dolores Díaz de Miranda, primorosa reparadora de libros antiguos, cuenta en su haber la restauración de un preciado ejemplar datado en Lyon en 1590, perteneciente al fondo de la Biblioteca Central de la Universidad de Oviedo. Se trata de las “Controversias” de Roberto Belarmino, obra maestra de este cardenal jesuita, sobrino de un Papa y doctor de la Iglesia, que participó en los inicios del proceso contra Galileo Galilei en 1611, comisionado por el Sumo Pontífice para conseguir que el matemático y astrólogo presentara su defensa del heliocentrismo como una mera hipótesis.

El volumen de las “Controversias” que recompuso con sutileza la monja de Oviedo —que trabaja en el taller-laboratorio de la Fundación Casa Ducal de Medinaceli, con sede en el Hospital de Tavera, en Toledo— y en el que Belarmino defiende con palmario rigor la doctrina católica frente a los ataques del protestantismo, había sido atacado con ferocidad por las termitas, que lo habían convertido en un gruyer de papel. Los insectos habían excavado galerías en las hojas con sapiencia cirujana y maestría minera, hasta el punto de convertir el valioso li-

bro en un objeto prácticamente inservible.

La obra restaurada está escrita en latín e impresa a tres columnas, con letras capitales ornamentadas. La portada, a dos tintas, negra y roja, muestra el escudo de la Compañía de Jesús. El papel utilizado en su primitiva impresión es de tina, de hilo hecho a mano en molde, pliego a pliego, compuesto por fibras celulósicas naturales, en el que se distingue muy bien la verjura, que es la huella que deja la trama de alambres que componen la forma con que se fabrica la hoja.

Cuando el libro llegó a las manos de la restauradora, abrirlo exigía un cuidado exquisito, por cuanto cada apertura provocaba el desprendi-

miento de pequeños trozos de papel. Las hojas, en exceso amarillentas y abarquilladas por el efecto de la humedad, con manchas de grasa, notaban además la oxidación imparable de los componentes celulósicos. La encuadernación, en piel con tapas de madera, había sido manjar predilecto de las termitas.

Recomponer el libro se convirtió en un interminable sudoku, en un complicado rompecabezas, reconoce la religiosa, que hubo de encajar en su lugar los incontables trozos de papel desprendidos. La limpieza se acometió manualmente, con brochas japonesas de pelo fino.

La reintegración de las zonas perdidas de las hojas del libro se llevó a cabo mediante el procedimien-

to tradicional de elaboración del papel, pero utilizando un sistema mecanizado. Díaz de Miranda lo explica así: “Colocada una hoja de papel del libro con sus zonas perdidas sobre un soporte sintético, se depositó sobre la rejilla de un bastidor que se introdujo en un recipiente que se cubrió de agua. Una vez cubierta la hoja por el agua se volcó la pulpa necesaria para rellenar las lagunas del papel. A continuación, se succionó el agua pasando esta solo por los orificios y zonas con pérdidas del papel. El tejido no tejido sobre el que reposa cada hoja deja pasar el agua pero no la pulpa, cubriéndose de este modo las áreas de la hoja donde falta el papel. La

unión de la pulpa con el papel de la hoja se produce de forma natural, principalmente mediante puentes de hidrógeno, para cuya formación la presencia del agua es imprescindible. También es necesario extraer el agua sobrante de la hoja. Para ello se volcó la hoja, con su soporte tejido no tejido, sobre unos secantes y se puso bajo peso. Los secantes se fueron cambiando hasta lograr que el papel perdiera el exceso de agua y las fibras de la pulpa se unieran a las de la hoja de papel”.

Para rellenar los huecos se elaboró una pulpa de fibras de algodón, a la que se añadieron fibras más cortas de sulfato de coníferas blanqueado. Fue preciso calcular en miligramos la pulpa necesaria para rellenar las lagunas de cada hoja maltrecha. Los lomos de los bifolios fueron consolidados con papel japonés. Las hojas finales del libro tuvieron que laminarse para aportarles consistencia, debido a su frágil estado.

Siguiendo los vestigios del original, se llevó a cabo una nueva encuadernación, con cubiertas de piel de cabra planchada de color castaño rojizo. Se cosieron los cuadernillos a cinco nervios dobles de piel con hilos de color amarillo oro y caldera. Para proteger la obra del polvo y de los roces se confeccionó una caja, de idéntica piel de cabra y papel jaspeado empleados en la encuadernación.

El lejano autor estaría orgulloso, sin duda, de la perpetuación de su obra en defensa de la ortodoxia cristiana conseguida gracias a los desvelos de esta pelaya ovetense. Se da la gloriosa circunstancia de que en el año 1969 Pablo VI creó la cátedra cardenalicia “San Roberto Belarmino”, de la que llegó a ser titular el cardenal Bergoglio, miembro también de la Compañía de Jesús, antes de ser elegido Papa, en 2013, con el nombre de Francisco. Y curiosidad colateral también resulta que Belarmino se hiciera cargo, en la última etapa de su tarea episcopal, en 1605, de la Biblioteca Vaticana, un “sancta sanctorum” que sin duda haría las delicias de sor María Dolores, donde se custodian más de un millón y medio de libros, de los cuales 8.300 son incunables y 150.000 manuscritos. Y donde se guardan, además, las actas originales del proceso a Galileo, seguramente a salvo del ataque infame de las termitas.

Un volumen del desaparecido colegio de San Matías

Por una nota manuscrita que aparece en la portada de estas “Controversias” recuperadas ahora de las fauces del insecto bibliófago (“del colegio de la Compañía de JHS de Oviedo y de su librería”) se deduce que el volumen perteneció a la biblioteca del desaparecido colegio de San Matías, fundado en 1578 y que perteneció a la orden jesuita hasta su expulsión, en 1667.

El centro de enseñanza se levantó sobre el solar que hoy ocupa el mercado cubierto del Fontán y del que solo se conserva la iglesia anexa de San Isidoro el Real. En la portada del libro también figuran dos sellos tampón de propiedad y el número de registro R. 17.009, que le fue impuesta en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo.

Actualmente se encuentra en la sala general de la Biblioteca Central con la signatura CGR-181.



A la izquierda, hojas del libro antes de la intervención. A la derecha, el volumen ya restaurado.